



# Índice

<b>De la verdad trascendental a la verdad poética en Hölderlin</b> Félix Duque .....	4 a 18
<b>Sobre un error en la traducción de una clásica frase latina citada por Hobbes. A propósito de <i>Homo homini lupus</i></b> Antonio Tursi .....	19 a 22
<b>Los géneros</b> Ariel Vecchio .....	23 a 27
<b>La muerte de los otros, la muerte de Dios... ¿Mi muerte?</b> Lucas Aldonati .....	28 a 34
<b>La sociedad industrial avanzada y la exigencia de una pacificación de la existencia en Herbert Marcuse</b> Leandro Sánchez Marín .....	35 a 40
<b>El Mito</b> Uwe Timm .....	41 a 49
<b>Reseña</b> Paula Martinetti .....	50 a 51
<b>Bibliografía</b> .....	52

Integrantes de la Revista:

Calomino, Hernán E. :: Director  
Gutiérrez, Alejandro M. :: Director  
Marasso, Fernando :: Editor  
Martinetti, Paula :: Comunicación  
Valle, Lucas :: Corrector  
Valls, Analía E. :: Correctora

Consejo evaluador:

Abellón, Pamela :: Lic. en Filosofía  
(UBA)

Bertorello, Mario Adrián :: Dr. en Filosofía  
(UBA)

Bieda, Esteban :: Dr. en Filosofía  
(UBA)

Cladakis, Maximiliano :: Dr. en Filosofía  
(UNSAM)

Fernández, Jorge :: Dr. en Filosofía  
(USAL)

Gardella Hueso, Mariana :: Lic. en Filosofía  
(UBA)

Garrera-Tolbert, Nicolás :: Dr. en Filosofía  
(Universidad de Memphis)

Gianneschi, Horacio :: Lic. en Filosofía  
(UNSAM, UNIPE)

Inverso, Hernán :: Dr. en Filosofía  
(UBA)

López, Cristina :: Dra. en Filosofía  
(USAL)

Malaspina, Ermmano :: Dr. en Filología  
(Università di Torino)

Menniti, Martín :: Lic. en Filosofía  
(UNSAM)

Pico Estrada, Paula :: Dra. Filosofía  
(UBA)

Tursi, Antonio :: Dr. en Filosofía  
(UBA)

Vecchio, Ariel :: Lic. en Filosofía  
(UNSAM)

Revista Symploké  
ISSN: 2468-9777  
hola@revistasymploke.com  
www.revistasymploke.com  
Pacheco 2558  
CP 1431  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Argentina

# La Revista

En este nuevo número de la Revista no podemos dejar de agradecer a aquellos cuyos aportes fueron esenciales para continuar con nuestra labor.

En principio, vayan nuestros agradecimientos a Jorge Fernández, director de la Carrera de Filosofía de la UNSAM, cuya ayuda y aportes hicieron posible mejorar la calidad de la Revista.

También agradecemos a los integrantes de la revista, cuyo compromiso y dedicación hacen posible que número tras número sigamos realizando este proyecto.

Como siempre, no podemos dejar de agradecer a nuestros lectores, quienes son los destinatarios indispensables de todo escrito que quiera realizarse en tanto tal.

Habiendo dicho esto, presentamos el sexto número de Revista *Symploké*.

Hernán E. Calomino  
Alejandro M. Gutiérrez  
Directores de la Revista

# La sociedad industrial avanzada y la exigencia de una pacificación de la existencia en Herbert Marcuse

Leandro Sánchez Marín\*

## La sociedad industrial avanzada

Sociedad industrial avanzada es un concepto que utiliza Herbert Marcuse para referirse a las sociedades capitalistas de posguerra del siglo XX, más exactamente sociedades bajo el modelo norteamericano. Estas sociedades se erigen desde una base de producción capitalista que más allá de estar específicamente al servicio del interés particular de una clase –algo que no se puede negar– también logra satisfacer la inmediatez de gran parte de los miembros que la conforman. Así, cualquier persona que viva bajo el régimen de producción capitalista puede tener acceso a los productos que hagan de su vida una vida más *llevadera*. Que la vida se haga más cómoda en condiciones capitalistas es algo que salta a la vista, pues el desarrollo de la técnica genera en ella múltiples avances que hoy hacen que plantearse la eliminación global de todo agobio material, por ejemplo, sea una posibilidad real y concreta.

Sin embargo, las sociedades de corte industrial avanzado anulan esta posibilidad y establecen reglas para impedir un cambio radical en su modo de producción de la vida. Estas reglas, como por ejemplo la concurrencia de la libre empresa y el principio irrestricto de la propiedad privada, van de la mano con la configuración de valores que determinan el comportamiento del todo social. Valores tales como la competitividad, la ética laboral al servicio de la acumulación y el beneficio propio. Este tipo de sociedad se caracte-

teriza además por ser una sociedad altamente tecnológica y que hace un uso instrumental de la razón con miras a la mayor productividad y eficacia del ejercicio de razonamiento de los individuos. La unidimensionalidad que hace notar Marcuse se caracteriza también “por la abolición de todas las formas de oposición y de contradicción, por la voluntad furiosa de similitud, de identificación y de uniformización” (Palmier, 1970, p. 125). En una conferencia que Marcuse dicta en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1969, nos dice qué es lo que se plantea él como una sociedad industrial avanzada bajo el concepto de sociedad tecnológica:

Entiendo por sociedad tecnológica aquella que se caracteriza por la automatización progresiva del aparato material e intelectual que regula la producción, la distribución y el consumo, es decir, un aparato que se extiende tanto a las esferas públicas de la existencia como a las privadas, tanto al dominio cultural como al económico y político; en otras palabras, es un aparato total. Dicha sociedad se caracteriza también por un alto grado de concentración y acoplamiento del poder político y económico (Marcuse, 1969, p. 51).

Este tipo de sociedad se nos aparece entonces como total. Esto significa que abarca todas las esferas de la existencia de los individuos en la medida en que produce, distribuye y controla todas las relaciones existentes entre los hombres; la política, la economía, la cultura, el lenguaje, etc. Lo que marca el desarrollo de la sociedad industrial avanzada es la racionalidad con la cual ope-

ran sus procesos, lo bien pensada que está hecha la publicidad que seduce al público consumidor, la gran maquinaria que se despliega en la construcción de megaproyectos, los artefactos que comunican a millones de personas con sólo dar un *click* al ordenador, entre otros avances y desarrollos de la técnica que producen un conjunto racional de producción.

Pero, ¿cuál es el precio de todo este progreso? A este interrogante Marcuse respondería que en la medida en que el desarrollo tecnológico racional de una sociedad se despliega, la humanidad de los individuos que la componen se presenta cada vez más disminuida, reprimida, limitada e imposibilitada respecto de su propio despliegue. En otras palabras, lo que pone de manifiesto la lógica de la sociedad industrial avanzada es que: “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas” (Marx, 2010, p 106). Esta desvalorización está conectada con la imposibilidad de que el ser humano desarrolle plenamente sus capacidades y se vea sometido a los procesos que cobran vida propia y se convierten tanto en el medio como en el fin de la actividad de los hombres: ya no importa para qué trabaja un hombre sino cuánto trabaja y si ese trabajo rinde beneficios a quien paga por tal actividad. De esta manera, la eficacia y la garantía de resultados es la meta de toda actividad de los hombres. La realización plena de sus capacidades queda de lado a la hora de contar los billetes que la ganancia arroja como triunfo de la razón sobre el ser. Tener es el principio, el ser es sólo un accidente. Sin embargo, esta sociedad es racional, pues “lo que caracteriza a la sociedad industrial avanzada, según Marcuse, es la asombrosa racionalidad que presenta en el seno de su fundamental irracionalidad” (Palmier, 1970, p. 111). Es decir, la racionalidad en los medios se conjuga con una tremenda irracionalidad en sus fines, pues cuando el hombre no es el fin de sí mismo, la irracionalidad se burla de todo cuanto acontece a la existencia del ser humano:

Se trata de una sociedad que paga el nivel conseguido con una demencialidad malgastadora de las fuerzas productivas, ante la pobreza y la miseria generalizadas, más allá de las fronteras de las *affluent societies* –e incluso en algunos de sus propios sectores–. Es una sociedad que intensifica diariamente la lucha por la existencia, aunque podría tender a suprimirla y que conserva innecesariamente o que tiende

a aumentar la enajenación del trabajo; es una sociedad de movilización permanente y total de hombres y de fuerzas productivas ante la propaganda de una sobre la eventualidad de una guerra de aniquilamiento total –tensión muy bien mantenida a pesar de las distensiones de la coexistencia pacífica, por parte de los detentores del poder y de los beneficiarios del sistema– (Castellet, 1969, p. 102).

Todo el sistema de racionalidad capitalista se inserta dentro de la conciencia de manera tal que los individuos se acomodan a las lógicas que éste presenta como verdaderas y altamente racionales, pero el desenvolvimiento del capitalismo es verdadero sólo en la medida en que se desarrolla de manera efectiva y ocurre en unas coordenadas espacio temporales que podemos constatar apelando a la historia y el registro destructivo de su modo de proceder. Pero lo que más inquieta es la participación de los individuos en la construcción de este sistema de producción de su propia miseria, todo ello gracias a “que la pérdida de conciencia debido a las libertades satisfactorias permitidas por una sociedad sin libertad, hace posible una *conciencia feliz* que facilita la aceptación de los errores de esta sociedad” (Marcuse, 1993, p. 106). Esta conciencia feliz no es otra cosa que la personalidad adaptada a las lógicas de satisfacción de la inmediatez, de consumo inmediato y de inmediata existencia en la medida en que esta personalidad no se pregunta por un proyecto existencial ni por las posibilidades de un individuo más allá de su capricho y deseo actual que exige su satisfacción sin importar el sacrificio que esto genera para el despliegue de su individualidad y su vida social, pues para la conciencia feliz la única individualidad y la única vida en sociedad es la que se da dentro del capitalismo que le ha puesto unas anteojeras que no le permiten ver más allá de lo dado y eliminan cualquier cuestionamiento. La adaptación a la sociedad industrial y a su comodidad inmediata no reconocen la estela de barbarie que lleva en su seno el desarrollo del capitalismo; para esta conciencia, los momentos de barbarie –que son muchos y contantes– no son más que accidentes o particularidades con las cuales debe lidiar su felicidad.

La Teoría Crítica señala el lugar sobre el cual se lleva a cabo la historia de la irracional racionalidad de una sociedad organizada bajo el principio de la propiedad privada, la acumulación del capital y, por ello, de la miserable vida

de la humanidad sobre la Tierra. Para la teoría marxiana, que Marcuse identifica directamente con la Teoría Crítica (Cf. Marcuse, 1986), el hombre y su existencia espiritual y material sobre este mundo son el principio y fin de toda organización racional de la sociedad; allí donde el desarrollo del genio humano no está al servicio de una existencia lograda para el hombre, podemos decir que se erige de manera agobiante la más injusta, irracional y miserable de las posibilidades que la historia brinda a la existencia humana. Marcuse enuncia la noción de pacificación de la existencia como una exigencia racional e inaplazable en nuestros días. El agobio y de separación que generan nuestras sociedades industriales no puede plantear otra exigencia que la de una pacificación racional de la existencia y un reencauzamiento de la técnica y los logros más altos de cultura humana que esté a la altura de una humanidad que abandone sus días de sometimiento y abyección.

### **Pacificación de la existencia**

Quizás podamos decir que uno de los conceptos normativos que se presentan con más fuerza dentro de la Teoría Crítica sea el concepto de pacificación de la existencia que encontramos formulado en *El hombre unidimensional* de Marcuse. Este concepto cuenta con la vitalidad propia de la crítica materialista de la Escuela de Frankfurt. Con él, Marcuse se refiere a la exigencia que como sociedad tenemos pendiente en la medida en que conducimos a nuestra civilización por los rieles de la destrucción absoluta; lo más grave de todo es que ¡lo sabemos! y parece no importarnos. Cualquier persona en un estado sano en cuanto a la capacidad de sus sentidos y condiciones mentales, sabría que el mundo en que nos toca vivir es un mundo que todo lo malogra, donde ningún proyecto, más allá del proyecto burgués del beneficio estrictamente propio y reducido de manera mezquina al yo, tiene lugar, y sabría además que la respuesta ante este problema no se hace esperar más. Pero parece que en nuestros días hay cada vez más conciencias felices, más enfermedad existencial y menos necesidad vital de transformación del mundo; la respuesta no la tiene la Teoría Crítica, pero ello no quiere decir que se entregue a la irreversible e inevitable degradación de todo lo que conocemos como

mundo humano y natural. Sería sospechosa una Teoría Crítica que trate de prescribir acciones de cambio social, pues estaría anulando su potencial crítico como tal y se entregaría en esta medida a la participación del mundo de la conciencia feliz como una teoría ingenua y feliz dentro del marco de la monstruosidad capitalista.

Sólo a los hombres concretos de carne y hueso les es dada la posibilidad de trascender dado mediante una actividad creativa que se proponga la eliminación de lo dañino para el hombre mediante una transformación humana del mundo en función de la construcción de un mundo humano, libre y racional. Pero así como los hombres pueden ser los autores de esta construcción humana, también pueden hacer todo lo contrario, incluso los regímenes democráticos han sabido operar bajo la lógica del dominio: “La democracia de masas se vuelve plebiscitaria también en la economía y en la ciencia: las masas eligen a sus conductores incluso en la prisión de la servidumbre” (Marcuse, 1970, p. 35). La elección de la opresión en nombre de la satisfacción de las necesidades de un pueblo es tan inexplicable como la de aquel que se sabe débil para trepar una montaña y, sin embargo, trata de escalar sin ningún tipo de protección. La contradicción entre la libertad y la necesidad se supera en la apropiación de la necesidad y su realización constante en el reino de la libertad (cf. Marcuse, 1986), esto es precisamente lo que perfila la condición de pacificación de la existencia:

El término “pacificación de la existencia” parece más apropiado para designar la alternativa histórica de un mundo que –por medio de un conflicto internacional que transforma y suspende las contradicciones en el interior de las sociedades establecidas– avanza al borde de una guerra global. “Pacificación de la existencia” quiere decir el desarrollo de la lucha del hombre con el hombre y con la naturaleza, bajo condiciones en que las necesidades, los deseos y las aspiraciones competitivas no estén ya organizados por intereses creados de dominación y escasez, en una organización que perpetúa las formas destructivas de esta lucha (Marcuse, 1993, p. 46-47).

La lucha por una existencia no dañina de los hombres en cuanto al desarrollo de su individualidad y de las relaciones con la otredad (naturaleza y demás individuos) es el fundamento sobre el cual descansa la pacificación de su vida. Las posibilidades de esta pacificación se pueden

hallar en el desarrollo de una técnica humana no degradante del medio ambiente y no abusiva del hombre en cuanto a la manera en que lo explota, es decir, una técnica que esté íntegramente al servicio del bienestar de los hombres y al resguardo y protección del medio ambiente que no aniquile las fuentes vitales de la humanidad. El progreso de los desarrollos técnicos y tecnológicos debe estar del lado del desarrollo de las potencialidades humanas ayudando a la superación y eliminación de las dificultades que impiden hacer del hombre un ser de posibilidades libre y feliz. Este progreso no es ni mucho menos la respuesta a todas las desgracias de la vida, pues existen situaciones propias de nuestra condición de seres humanos que no podemos evitar. En esta medida, no será posible que el genio humano pueda controlar las desgracias espirituales que suponen una decepción amorosa, una separación natural de un ser querido debido a la muerte, etc. No le es dado al desarrollo del espíritu humano anular estas situaciones, pero el sufrimiento excedente y fabricado racionalmente, que es el mayoritario en nuestras sociedades de corte industrial avanzado, sí es evitable y eliminable desde todo punto de vista en la medida en que el progreso sea progreso humano del hombre y para el hombre.

El imperativo del progreso humano sería que todos los desarrollos culturales de nuestro mundo sean hallazgos al servicio de la pacificación de la existencia y que no se inscriban dentro de la dialéctica de la ilustración tan bien descrita por Walter Benjamin (2010) cuando sostiene que: “no hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie” (p. 23). Para Marcuse, el progreso siempre está en función de algo, no hay una noción de progreso abstracta, el progreso siempre es progreso en relación:

“Progreso” no es un término neutral; se mueve hacia fines específicos, y estos fines son definidos por las posibilidades de mejorar la condición humana. La sociedad industrial avanzada se está acercando al estado en que el progreso continuo exigirá una subversión radical de la organización y dirección predominante del progreso. Esta fase será alcanzada cuando la producción material (incluyendo los servicios necesarios) se automatice hasta el punto en que todas las necesidades vitales puedan ser satisfechas mientras que el tiempo de trabajo necesario se reduzca a tiempo marginal. De este punto en adelante, el progreso técnico trascenderá el reino de la necesidad, en el que servía de instrumento de dominación y explotación, lo cual limitaba

por tanto su racionalidad; la tecnología estará sujeta al libre juego de las facultades en la lucha por la pacificación de la naturaleza y de la sociedad (Marcuse, 1993, p. 46).

Este reencauzamiento del progreso hace emerger la dimensión histórica del análisis marcusiano, pues pone de relieve la posibilidad de que el progreso no tenga una única vía ni sea necesariamente progreso hacia lo mejor. Una sociedad puede progresar enormemente en su esfera técnica puede enviar cohetes a la Luna, puede instalar satélites en medio del espacio, pero en simultáneo puede también aumentar la desgracia del hambre, la demencialidad de las guerras, el despilfarro de los recursos naturales y el desgaste, rasgamiento y aniquilación de especies como los animales y los seres humanos. Por ello cabe preguntarse con Adorno (2003): “progreso en qué, hacia qué, con respecto a qué...” (p. 27). La posición que asumamos respecto de estos interrogantes marcará en qué medida la sociedad que queramos con la que soñamos es humana o no.

Además de esta dimensión del concepto de pacificación de la existencia, existe, desde nuestro punto de vista, otro flanco decisivo a la hora de pensar esta situación; este otro lado es el que sugiere un proyecto trascendente. Este proyecto se configura a partir de algunos principios indiscutibles que Marcuse señala en función de lograr la coherencia entre lo subjetivo y lo objetivo en aras de construir una humanidad lejos del cansancio, la angustia y la destrucción que produce la sociedad industrial del capitalismo de nuestro siglo. El proyecto trascendente, pues, según Marcuse, consiste en las siguientes premisas:

1. El proyecto trascendente debe estar de acuerdo con las posibilidades reales abiertas en el nivel alcanzado de la cultura material e intelectual.
2. El proyecto trascendente, para refutar la totalidad establecida, debe demostrar su propia racionalidad más alta, en el triple sentido de que:
  - a) ofrece la perspectiva de preservar y mejorar los logros productivos de la civilización;
  - b) define la totalidad establecida en sus mismas estructuras, tendencias básicas y relaciones;
  - c) su realización ofrece una mayor oportunidad para la pacificación de la existencia, dentro del marco de las instituciones que ofrecen una mayor oportunidad para el libre desarrollo de las necesidades y las facultades humanas (Marcuse, 1993, p. 248).

Este concepto de proyecto trascendente es otro de los aspectos normativos del pensamiento crítico de Marcuse. El lado positivo, si se quiere, de la Teoría Crítica se marca aquí como una exigencia vital y necesaria ante el desarrollo dañino de la sociedad capitalista. Tanto en Marx como en el desarrollo posterior de la Escuela de Frankfurt, el foco de la reflexión es el hombre inmerso en sus relaciones de producción de la vida, de su existencia y de sus posibilidades históricas. De esta manera la normatividad crítica de Marcuse se inscribe dentro del *debería* ser materialista de la tradición marxista:

Este *debería ser*; podríamos decir que se trata casi de una necesidad biológica, sociológica y política. Es una necesidad biológica pues, según Marx, una sociedad socialista se configuraría mediante el propio *logos* de la vida, con las posibilidades esenciales de una existencia humana, no sólo mentalmente ni apenas intelectualmente, sino también orgánicamente (Marcuse, 2011, p. 26).

Apelar a esta normatividad refuerza el potencial de la crítica a la sociedad industrial avanzada, pues pone de manifiesto la necesidad irrenunciable de una vida mejor, de una existencia que se desarrolle de acuerdo a todo lo que el hombre pueda entregar como ser universal que esté al servicio de su bienestar integral: emocional, mental, corporal, material, etc. Una existencia que no desarrolle un proyecto trascendente como el que plantea Marcuse no es una existencia lograda. Una existencia que renuncie al desarrollo de sí misma es una existencia malograda. Las condiciones para el desarrollo del proyecto existencial del que aquí hablamos están dadas de manera objetiva. Paradójicamente, estas mismas condiciones objetivas son las que impiden que las condiciones subjetivas se realicen en función de la transformación de lo dado.

“Pacificación”, “libre desarrollo de las necesidades y facultades humanas”, son conceptos que pueden ser definidos empíricamente en términos de los recursos y capacidades intelectuales y materiales disponibles, y de su uso sistemático para atenuar la lucha por la existencia. Ésta es la base objetiva de la racionalidad histórica (Marcuse, 1993, p. 249).

De esta manera, el concepto de racionalidad histórica se contrapone a la racionalidad instrumental y petrificada de la conciencia burguesa,

pues apela a las posibilidades que aún están prestas para realizarse y niega que lo dado sea la única forma de existencia humana a la que puede aspirar el hombre; la racionalidad histórica, dialéctica y revolucionaria insiste en la posibilidad de que el mundo tal cual lo conocemos hoy pueda ser radical y cualitativamente distinto. Esto no es un invento, es una realidad que la misma historia hace palmaria en la medida en que no asegura que con el correr del tiempo siga siendo necesario que los hombres vivan como pirañas hambrientas en un estrecho charco.

## Conclusión

Más allá de los problemas con las que se tropieza la situación posible de una pacificación de la existencia en la sociedad industrial avanzada, lo que muestra el análisis de Marcuse es que no hay nada que garantice su realización, pero tampoco hay nada que de manera definitiva niegue su realización. El pensamiento dialéctico, histórico y revolucionario plantea el marco dentro del cual se puede apelar a un cambio cualitativo que elimine la degradación de la vida en común sin encerrar a los seres humanos en una esfera individual nociva. La individualidad es uno de los aspectos que no se disuelven en el carácter socialista de la Teoría Crítica; más aún, se concibe como un aspecto necesario para la construcción colectiva de una sociedad libre y sin esfuerzos dañinos que dañen a los hombres. La negación de una sociedad agresiva, destructiva, violenta, despilfarradora, abusiva, envilecedora, es uno de los fuertes postulados de Marcuse. No se puede lograr la pacificación de la existencia sin la negación de lo dado y la instauración de algo cualitativamente distinto:

La negación de la necesidad de la lucha por la vida (...) o la negación de la necesidad de ganarse la vida, que es también lucha por la existencia, o la negación del principio del éxito, de la competencia, negación de la necesidad de conformidad, hoy monstruosamente intensa, la necesidad de no llamar la atención, de no ser un individuo desambientado, la negación de la necesidad de una productividad despilfarradora y destructiva, inseparablemente atada a la destrucción, negación de la necesidad vital de represión hipocrita de los instintos. Estas necesidades se niegan en la necesidad de paz, que hoy, como saben ustedes muy bien, no es una necesidad de la mayoría; en la necesidad de descanso, en la necesidad de estar solo, de tener una esfera priva-

da que, como nos dicen los biólogos, es una necesidad inapelable del organismo; en la necesidad de calma y la necesidad de felicidad; todo ello entendido no como necesidades individuales, sino como fuerza productiva social, como necesidades sociales que hay que poner en obra de un modo determinante en la organización y la dirección de las fuerzas productivas (Marcuse, 1986, p. 14-15).

Se puede señalar a la Teoría Crítica de ser muy radical. Sí, la Teoría Crítica es radical y renunciar a ello sería mutilar todo su potencial emancipador. Quien cree que la radicalidad es negar todo lo existente de manera caprichosa se equivoca, pues la negación de lo dado no es un proyecto tan ingenuo como para negar los grandes progresos del género humano. El teórico crítico no es tan necio como para tratar de borrar la historia de la humanidad, pero sí advierte que toda esa historia y todo lo logrado hasta aquí por la humanidad debe estar en función de la humanidad misma. Quien se entregue a lo dado como lo único verdadero e inmodificable estará contribuyendo de manera práctica a la deshumanización del mundo y estará justificando como natural todo acontecimiento de barbarie que pase en el mundo. La pacificación de la existencia es la exigencia radical de la Teoría Crítica, la eliminación de la miseria, la desesperación, la angustia y todo aquello que perturbe la vida y sea creación del hombre la condición necesaria para hacer de este mundo y del ser humano lo que hasta ahora no ha podido ser.

\* Estudiante del pregrado en Filosofía, Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia, Colombia. Estudiante de intercambio, Departamento de Ciencias Políticas, Justus-Liebig-Universität Gießen, Alemania

# Bibliografía

## La muerte de los otros, la muerte de Dios... ¿Mi muerte?

- Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, tr. Jorge Eduardo Rivera, (2002), Madrid, Editora Nacional.
- Heidegger, M., *Sein und Zeit*, (2006), Tübingen, Max Niemeyer Verlag.
- Vattimo, Gianni, *Introducción a Heidegger*, tr. Alfredo Báez, (2012), Bs. As., Gedisa.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral: un escrito polémico*, tr. Andrés Sánchez Pascual, (2013), Bs. As., Alianza.
- AA. VV., *Martin Heidegger: la experiencia del camino*, edición, Alfredo Rocha de la Torre, (2009), Barranquilla, Ediciones Uninorte.
- “La necesidad del abandono. Aproximaciones al pensar ontológico de Heidegger”, Ángel Xolocotzi Yáñez, p. 186
- ““Sólo un dios puede aún salvarnos”. Dilucidación acerca del “otro pensar” en Martin Heidegger”, Sergio Néstor Osorio García, p. 223
- Hügli, Anton/Chul Han, Byung, “Heideggers Todesanalyse” en *Martin Heidegger. Sein und Zeit*, Herausgegeben von Thomas Rentsch, (2007), Berlin, Akademie Verlag GmbH.
- La sociedad industrial avanzada y la exigencia de una pacificación de la existencia en Herbert Marcuse**
- Adorno, Theodor. (2003). *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Benjamin, Walter. (2010). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Castellet, José María. (1969). *Lectura de Marcusea*. Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A.
- Marcuse, Herbert. (1969). “Libertad y agresión en la sociedad tecnológica” en: *La sociedad industrial contemporánea*, pp. 50-89. México: Siglo XX Editores.
- \_\_\_\_\_ . (1970). *La sociedad opresora*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, S. A.
- \_\_\_\_\_ . (1986). *El final de la utopía*. Bogotá: Editorial Planeta de Agostini, S. A.
- \_\_\_\_\_ . (1993). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Editorial Planeta de Agostini, S. A.
- \_\_\_\_\_ . (2011). *La sociedad carnívora*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Marx, Karl. (2010). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Palmier, Jean-Michel. (1970). *Introducción a Marcuse*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, S. R. L.